

CIRCULACIÓN DE LOS CUERPOS, CIRCULACIÓN DE LA PALABRA

Hasta hace apenas poco más de un siglo, para escuchar hablar a alguien había que estar cerca, lo que implicaba que los cuerpos se encontraran en la proximidad, a corta distancia.

La voz proviene de los cuerpos, por lo que la palabra sólo circulaba atada a la circulación de los cuerpos. O con los libros, que son la palabra del ausente. Esa era toda la mediatez conocida: el libro como un cuerpo, un objeto real que porta una palabra.

Tener un libro, recibir una carta, era el único modo de disponer de la palabra de quien no estaba allí presente con su cuerpo. Pero esto, claro, sólo desde que hubo escritura. Antes, la transmisión quedaba ligada a la oralidad, a la palabra emitida por un cuerpo, aunque fuera sólo el cuerpo del mensajero que llevaba la palabra de otro, el portavoz, o del que relataba una historia que le había sido contada, tradición oral.

La lectura de los papiros, primera versión del libro, involucraba directamente al cuerpo del lector, ya que tenía que usar las dos manos, una para ir desenrollándolo a medida que lo leía, y otra para ir enrollándolo a la vez, de tal manera que al terminar de leer podía, o no, tener un gesto de amabilidad hacia el siguiente lector¹, y desandar el camino: volver a enrollarlo para que se pudiera acceder al inicio del relato. Como ocurría, para la música, con los no tan viejos casetes de cinta.

Se dice que Aristóteles tenía la rara costumbre de leer en silencio, por lo que lo apodaban “el lector”. Lo interesante es que ese apodo nos dice que la lectura no se hacía regularmente en silencio, sino en voz alta: se leía con otros, se leía para otros, sobre todo para los que no sabían leer. La lectura no era, pues, una práctica solitaria, sino que se hacía en compañía de otros cuerpos. Es por eso por lo que el que lee no está solo, parafraseando al refrán². Siempre hay otros en relación con la lectura.

San Agustín relata con asombro en sus Confesiones³ haber sorprendido a su maestro san Ambrosio leyendo en silencio, referencia que nos dice que aún en nuestra era -y hasta la Edad Media⁴- se leía con el cuerpo, y a viva voz, acompasando el ritmo de la escritura, como aún se observa en algunas prácticas religiosas, en las que las letras sagradas se leen con un determinado ritmo, con una determinada entonación. La palabra se leía comprometiendo al cuerpo, el cuerpo acompasando el acento, marcando el ritmo con los pies, entonando la letra sagrada con una melodía que resuena en los otros cuerpos. Así la palabra escrita también circula con la circulación de los cuerpos, reunidos en iglesias, templos, asambleas, instituciones analíticas...

Recordemos que uno de los problemas para traducir los textos sagrados fue mantener el ritmo, la musicalidad, el canto del texto de origen, lo que fue resuelto de una manera drástica, según lo denunció Henri Meschonnic⁵: se tradujo el contenido y se omitió ese pequeño detalle, el de la transcripción del canto, el que fue excluido del texto de la llamada Vulgata. ¿Y cuando leemos a Lacan en las transcripciones de los seminarios y en sus traducciones, acaso no notamos que no se suele hacer pasar el ritmo, la entonación, las cadencias, las pausas de su decir?

¹ Irene Vallejo. El infinito en un junco. Siruela, Argentina, 2020

² G. Appollinaire, *El encantador pudriéndose*: “el que come no está solo”, citado por Lacan en dos oportunidades, la segunda en el Seminario IX, el 29/11/1961

³ Agustín de Hipona, Confesiones, libro VI, cap. 3

⁴ I. Vallejo, op cit.

⁵ Henri Meschonnic. Un golpe bíblico en la filosofía.

Freud escribió en una carta a Fliess⁶ que al leerlo disfrutaba de escuchar su voz familiar. El escrito no es sólo el lenguaje o la palabra del ausente⁷, también puede ser el vehículo de la voz, entendiendo aquí la voz como la particular prosodia de cada quien: el timbre, el ritmo, la entonación, el canto, la tesitura, el modo de respirar, las pausas, los acentos, las modulaciones...Un texto lo puede transmitir, o no.

Lacan se preguntaba por los efectos de su enseñanza en aquellos que lo habían estudiado sin escucharlo, sin que su persona -la máscara por la que hablaba- hiciera obstáculo a su enseñanza⁸. La gran mayoría de nosotros pertenecemos a esa clase: la de los *lacanos*.

Cuando Alejandro, antes de ser conocido como Magno, viajó hacia Oriente a la búsqueda de los confines de la Tierra, llevaba consigo los libros atribuidos a Homero. Eran su fuente de consulta, su oráculo de bolsillo, su consejero privado. Cuando no se tiene al interlocutor a mano, bien se puede recurrir a sus escritos. Alejandro conversaba con Homero sobre su ídolo, Aquiles. Cuando se lo escuchaba dialogar con él, quizás en voz alta, los guardias de la tienda de campaña podrían haberle preguntado: "Alejandro, ¿con quién estás hablando?" Con Nadie, respondería, con Nadie, con *Outis*... como reza la treta de Ulises para con el cíclope.

Napoleón, en sus aventuras bélicas, llevaba en sus cofres una "pequeña" biblioteca, que llegó a albergar mil libros. Nunca viajaba sin ellos, nunca sin *El príncipe*, de Maquiavelo.

Cuando los soldados del ejército nazi abrían la mochila con la que emprendían sus viajes a la guerra encontraban -entre los elementos de cuidado personal, agua, comida, municiones- un libro, una antología de la poesía alemana⁹. La tradición de la lengua alemana,¹⁰ transmitida por sus poetas, era parte indiscernible de su armamento. Notemos que se trataba de poesía, no de textos de adoctrinamiento.

Si Alejandro llevaba a Homero, si Napoleón a Maquiavelo, si los soldados nazis a Hölderlin, nosotros, cuando analizamos, portamos la voz de Freud y la voz de Lacan, aunque nunca las hayamos oído en presencia.

San Agustín, en el relato que mencioné, comenta que cuando Ambrosio no sermoneaba sino que leía en silencio, y aunque estuviera muy próximo a él, parecía estar en otro mundo, en un mundo al que era llevado por la lectura. La palabra que se escucha, pero también la que se lee, o la que se escucha cuando se lee, puede llevar al sujeto lector a una sideral distancia del cuerpo de carne y hueso que habita. La proximidad de los cuerpos no revela siempre una proximidad del saber en cuanto a los goces en juego. "¿Querido, en qué mundo estás?" le pregunta a su novio, quien no da señales de estar atento a ella, pese a estar frente a frente en la mesa de café.

Lo que acabo de decir es apenas una introducción para contrastar por un lado la historia y la tradición respecto de la relación íntima entre la circulación de los cuerpos y la de la palabra, y por otro lo que sucede en lo actual del tiempo que nos atraviesa. Y es que, si somos consecuentes con la enseñanza de Freud y de Lacan, es mejor que la época nos atraviese, y no que nos resbale.

El desarrollo tecnológico y la marcha de la pandemia desarticulaban como nunca la relación, antes estrecha, entre la circulación de los cuerpos y la circulación de la palabra.

De todos modos, cada vez que escuchamos una suerte de voz que parece surgir de una pantalla, suponemos que hay un cuerpo, en algún lugar, desde donde esa voz es emitida, sometida a

⁶ S. Freud, carta 52, 11/3/1902

⁷ S Freud. Malestar en la cultura, parte III

⁸ J. Lacan, Seminario Disolución, 10/6/1980.

⁹ Referido por Arnau Pons.

¹⁰ Hans-George Gadamer, El lenguaje como medio de la experiencia hermenéutica, en Verdad y método. Ed Sígueme, Salamanca, 1999

compresiones y digitalizaciones, y luego transmitida, pero que en definitiva aún guarda -en nuestro imaginario- alguna proximidad con la voz que sale de los cuerpos en presencia.

Cabe aclarar, como sabemos, que la voz como objeto pulsional no sólo es el sonido que surge de los cuerpos, ni es la procesada o grabada o reproducida por los medios tecnológicos. La voz es también prosodia, y hasta puede ser estrictamente tan sólo escansión¹¹.

Lo que me interesa señalar con esto, es que, en esta era digital, no va de suyo que la voz de alguien con quien tenemos un lazo, social o amoroso, no va de suyo que esa voz salga de un cuerpo.

El ejemplo de la “abuela del cuadradito”¹² lo ejemplifica. Se trata de un bebé que, a los pocos meses de vida, fue sorprendido por la pandemia. A partir de entonces la relación con su abuela fue mediada por la pantalla de la computadora, por lo que se convirtió, en el relato parental, en la *abuela del cuadradito*. Ocurrió que, al reanudarse la relación en vivo y en directo, bajo el mismo techo, la nieta no reconoció a la abuela del cuadradito en la abuela de carne y hueso. Ese bebé tuvo que aprender a relacionar la voz y esa imagen, inscriptas tal vez como signos perceptivos, con el cuerpo vivo y presente de su abuela, cuerpo que respira, se mueve, emite otros sonidos, un cuerpo que tiene brazos, piernas, que mece cuando canta, que respira cuando abraza.

(Por mi parte prefiero nombrar como remotas las prácticas actuales, y no como virtuales, porque la imagen virtual a la que Lacan le dio su estatuto, en particular con su esquema óptico y en el estadio del espejo, es virtual porque se realiza como imagen en el espacio llamado virtual, detrás del espejo, y en simultáneo con la imagen real del objeto que está allí -en el campo real-, o de una imagen real producida en el campo real. Es la imagen lo virtual, sea de un objeto real o de una imagen real. Por el contrario, la imagen que se plasma en la pantalla no permite ponerla en relación con ningún objeto o imagen en el campo real de la experiencia. Los autismos, y los autismos en la sociedad, nos dan testimonio de esto.

Es, para nuestro tiempo, una similar dificultad a la que se enfrentó Descartes con los autómatas.)

Lacan señaló que, en las entrevistas preliminares, se trata de determinar qué cuerpo goza¹³, y que, tras entrar en el discurso analítico, ya no se trata más de eso. Estamos obligados a releer esta aseveración en esta época en la cual muchas entrevistas comienzan y continúan en forma remota; a mi modo de entender, y más aun teniendo en cuenta lo ocurrido en este último año, la entrada al discurso analítico indica que el otro de la transferencia no está allí a título de prójimo, como inminencia del goce, sino que quien ocupará la función analista se abstendrá de ello. No es condición, por tanto, que sus cuerpos estén en el mismo espacio físico.

A su vez, es posible considerar que el analista no se abstenga de hacer jugar su goce, aun trabajando en forma remota. Eso no depende, para mí, de la cohabitación, sino de la posición en la transferencia, la que o bien se la analiza o, en cambio, se la vive, es decir: se la goza. El goce se sustrae o se juega, sea bajo el mismo techo o en forma remota.

Al iniciarse la pandemia tuve una breve controversia con un psicoanalista con quien solemos tener coincidencias, y que sostuvo esta posición: decía que, al no estar el cuerpo del analizante al alcance, en la proximidad, no tiene sentido plantear que el analista pueda abstenerse de coger, comer o incluso matar al analizante. Coherente con esa aseveración, suspendió su práctica.

No fue ni es mi posición, lo que llevó a que en Trilce / Bs As sostuviéramos durante todo el año pasado un seminario sobre esta temática¹⁴.

La pandemia ha llevado a que estas consideraciones, tan contrapuestas, sobre la presencia y la abstinencia del analista, tuvieran oportunidad de debatirse y de ponerse a prueba. Entendemos que

¹¹ J Lacan, Seminario XXI, 9/4/1974

¹² Agradezco a Gabriela Cosín su relato.

¹³ J Lacan, 21/6/1972, Seminario *Ou pire...*

¹⁴ Trilce / Buenos Aires. Seminario urgente: Transmisión en cuarentena. En especial las emisiones 18, 19 y 20. <https://youtu.be/CxSczEuw7M>

aún no es el tiempo de recoger los frutos de esta nueva modalidad, aunque hay muchos relatos de comienzos de análisis que transcurren en forma remota.

Seamos prudentes, esperemos los resultados, estemos atentos a los testimonios, si es que los hubiera, del devenir de los análisis que así transcurren, o de eventuales finales de análisis producidos bajo esta coerción, la coerción que impuso la pandemia: que la palabra circule no atada a la circulación de los cuerpos.